



La maratón del erizo

Cronología de un éxito

Lo que le vamos a relatar a continuación es una historia basada en hechos reales. Todo lo que aquí se describe ha sucedido y sigue sucediendo en estos precisos instantes. [Se trata del fenómeno de *La elegancia del erizo*](#). Una novela que ha alcanzado el éxito literario sin buscarlo. Muchísimos escritores, librerías, críticos y lectores franceses ya han sido conquistados por su misterioso magnetismo. Sin publicidad, sin medios de comunicación en el lanzamiento inicial.

¿Y cómo es posible que *La elegancia del erizo* haya logrado un éxito semejante? ¿Cuál ha sido su secreto? ¿Qué ingrediente la ha convertido en un auténtico fenómeno literario en Francia?

Pues bien, queremos invitarle a desvelar la incógnita. Puede que en esta cronología se esconda su secreto. Así que le rogamos nos siga en esta maratón literaria que nos llevará desde la génesis hasta la actualidad de esta maravillosa obra.

El origen

1969 - 2000

Se suele decir que la esencia de las novelas está oculta en alguna parte de la vida de su creador. Es como una luz diminuta pero muy intensa que de pronto surge en su mente y comienza a agrandarse ilimitadamente. Es la idea. La intención. La génesis. Es entonces cuando se inicia la magia de la escritura. El orden en el caos.

“Desde que oí la voz de René -asegura Muriel Barbery, la autora de La elegancia del erizo- el proceso de redacción se puso en marcha hasta llegar al final. No sé de dónde viene esa voz, pero es una condición necesaria para arrancar.”

Muriel Barbery nació hace 37 años en Omaha Beach, Francia. Es filósofa; reservada en su intimidad. Usa tejanos, jersey y discretos pendientes. Es de aquellas mujeres que no cree en las apariencias, engañan. Quizás el deseo de pasar desapercibida sea el sello de su novela y el punto en común de los personajes protagonistas que le dan vida. Huye de la fama. Ha escrito desde su más tierna infancia, pero jamás con la intención de publicar. Espontánea y sencilla. Muriel nunca confió en *La elegancia del erizo*, la escribió por necesidad, por el placer de crear un mundo nuevo. Quizás ahí resida su éxito.

“Primero creí que no conseguiría escribir esta novela. Más tarde que Gallimard la rechazaría. Por último, que nadie la leería.”

Nacimiento y auge

2000 - 2006

A veces nos preguntamos si existe una fórmula para seducir a los lectores y lograr la aprobación de la crítica al mismo tiempo. Lo que se denomina un éxito literario. *La elegancia del erizo* lo ha conseguido. Éstas son las pruebas.

Se trata de un libro que ha alcanzado los **250.000 ejemplares vendidos**, con **41 ediciones** después de un año de su publicación. Una novela que lleva casi **un año** en los primeros puestos de los libros **más vendidos** de Francia. Cinco estrellas en amazon.fr. *La elegancia de erizo* ha recibido el **Premio de los Libreros** y el Premio Georges Brassens. La novela, cuya versión cinematográfica ya está en preparación, será publicada próximamente en toda Europa y en Estados Unidos.

En definitiva, es un éxito cimentado casi a escondidas. La sorpresa fue total ya que, normalmente, un *best seller* arranca con gran estruendo y alcanza rápidamente las primeras posiciones. Pero con Muriel Barbery ocurrió lo contrario. Durante las primeras semanas, tras la salida del libro, no aparecía en ninguna lista. Después entró y, semana tras semana, reimpresión tras reimpresión, fue escalando posiciones.

La elegancia del erizo ha sido impresa 41 veces en menos de un año.

La maratón del erizo llega a España

Próximo septiembre

Los lectores españoles podrán disfrutar muy pronto de esta hermosa visión de la vida que nos ofrece Muriel Barbery. Seix Barral se suma a la saga de admiradores de este fantástico fenómeno editorial y lanzará en septiembre del 2007 la novela.

Te invitamos a que te unas a la maratón del Erizo.

Brevísimo resumen de la novela

Sinopsis

En el número 7 de la calle Grenelle, un inmueble burgués de París, nada es lo que parece. Dos de sus habitantes esconden un secreto. Renée, la portera, lleva mucho tiempo fingiendo ser una mujer común. Paloma tiene doce años y oculta una inteligencia extraordinaria. Ambas llevan una vida solitaria, mientras se esfuerzan por sobrevivir y vencer la desesperanza. La llegada al edificio de un misterioso japonés, culto y refinado, propiciará el encuentro de estas dos almas gemelas.

Juntas, Renée y Paloma descubrirán la belleza de las pequeñas cosas. Invocarán la magia de los placeres efímeros e inventarán un mundo mejor. *La elegancia del erizo* es un pequeño tesoro que nos revela cómo alcanzar la felicidad gracias a la amistad, el amor y el arte. Mientras pasamos las páginas con una sonrisa, las voces de Renée y Paloma tejen, con un lenguaje melodioso, un cautivador himno a la vida.

Tono

Un lenguaje moderno, refrescante e inteligente y lleno de fantasía. Convoca tanto a Eminem como a Purcell, al cine de Ozu como a *Blade Runner*, y flirtea en ocasiones, sin abandonar nunca su ligereza, con las obras que encontramos en el estante de Desarrollo Personal de las librerías.

El éxito del boca-oído de sus seguidores

Citas seleccionadas

“La revelación del año... Un cuento moderno, refrescante e inteligente.” *Le Figaro*

“Diversión, ligereza y un cuento filosófico. Un éxito. Una obra maestra.” *Lire*

“Decir que Muriel Barbery tiene talento es quedarse corto.... Tiene un humor devastador.” *Le Nouvel Observateur*

“Una agradable sorpresa y un éxito merecido... La nostalgia atemporal de Marcel Proust y el frescor de Philippe Delerm... Divertida, inteligente.” *L'Express*

“El ejemplo perfecto de un éxito provocado por los libreros, que se lo recomendaban entre ellos.” *Le Figaro*

“Debe su éxito al boca-oído entusiasta de los lectores. Divertido, ligero, reconfortante e impertinente... Algunos libreros comparan el fenómeno al de *Amélie*, otros al de Anna Gavalda.” *Livres Hebdo*

“Nada como el entusiasmo de los libreros para que una novela se venda. Esto es lo que descubre Muriel Barbery.” *L'Express*

“La revelación de la temporada. Un éxito extraordinario. Un libro agradable, divertido, ágil y original.” *Livres Hebdo*

“Esta novela es una comedia filosófica a dos voces, un libro agradable y lleno de humor... Una declaración de amor a la vida.” *Isabelle Leclerc, Librería L'Imagigraphe, Paris*

“Una novela insolentemente tierna, que te atrapa... Hace reír y emociona.” *Françoise Magnaval, FNAC, Montpellier*

Premios:

- Premio de los Libreros franceses
- Prix Culture et Bibliothèques pour Tous
- Premio Georges Brassens

LOS MILAGROS DEL ARTE

Me llamo Renée. Tengo cincuenta y cuatro años. Desde hace veintisiete, soy la portera del número 7 de la calle Grenelle, un bonito palacete con patio y jardín interiores, dividido en ocho pisos de lujo, todos habitados y todos gigantescos. Soy viuda, bajita, fea, rechoncha, tengo callos en los pies y también, a juzgar por ciertas mañanas que a mí misma me incomodan, un aliento que tumba de espaldas. No tengo estudios, siempre he sido pobre, discreta e insignificante. Vivo sola con mi gato, un animal grueso y perezoso, cuya única característica notable es que le huelen las patas cuando está disgustado. Ni uno ni otro nos esforzamos apenas por integrarnos en el círculo de nuestros semejantes. Como rara vez soy amable, aunque siempre cortés, no se me quiere, si bien pese a todo se me tolera porque correspondo tan bien a lo que la creencia social ha aglutinado como paradigma de la portera de finca, que soy uno de los múltiples engranajes que hacen girar la gran ilusión universal según la cual la vida tiene un sentido que se puede descifrar fácilmente. Y como en alguna parte está escrito que las porteras son viejas, feas y ariscas, también está grabado en letras de fuego en el frontón del mismo firmamento estúpido que dichas porteras tienen gruesos gatos veleidosos que se pasan el día durmiendo sobre cojines cubiertos con fundas de crochet.

Asimismo, también está escrito que las porteras ven la televisión sin descanso mientras sus gruesos gatos dormitan, y que el vestíbulo del edificio tiene que oler a potaje, a sopa o a guiso de legumbres. Tengo la inmensa suerte de ser portera en una residencia de mucha categoría. Era para mí tan humillante tener que cocinar esos platos infames que la intervención del señor de Broglie, el consejero de Estado del primero —intervención que debió de describir a su esposa como educada pero firme, y que tenía como fin erradicar de la existencia común ese tufo plebeyo—, fue un inmenso alivio que disimulé lo mejor que pude bajo la apariencia de una obediencia forzosa.

Eso fue hace veintisiete años. Desde entonces, voy cada día a la carnicería a comprar una loncha de jamón o un filete de hígado de ternera, que guardo en mi bolsa de la compra entre el paquete de fideos y el manojito de zanahorias. Exhibo con complacencia estos víveres de pobre, realzados por la característica apreciable de que no huelen porque soy pobre en una casa de ricos, con el fin de alimentar a la vez el lugar común consensual y a mi gato, *León*, que si está gordo es por esas viandas que deberían estar destinadas, y que se atiborra ruidosamente de embutido y pasta con mantequilla mientras yo puedo dar rienda suelta, sin perturbaciones olfativas y sin levantar sospechas, a mis propias inclinaciones culinarias.

Más ardua fue la cuestión de la televisión. En tiempos de mi difunto esposo, me acostumbré sin embargo, porque la constancia con que éste se aplicaba a su contemplación me ahorra a mí la pejiquera de tener que hacerlo yo. Llegaba hasta el vestíbulo el ruido ahogado del aparato, y ello bastaba para perpetuar el juego de las jerarquías sociales, la apariencia de las cuales, una vez fallecido Lucien, tuve que esforzarme por mantener, a costa de más de un quebradero de cabeza. En vida, mi marido me liberaba de la inicua obligación; una vez muerto, me privaba de su incultura, escudo indispensable contra el recelo ajeno.

La solución la hallé en un botón que no era tal. Una campanilla unida a un mecanismo que funciona por infrarrojos me avisa ahora de cualquier ir y venir por el vestíbulo del edificio, lo cual hace inútil todo botón que, al pulsarse, me advertiría de alguna presencia en el portal, por muy lejos que yo me encontrase. En tales ocasiones,

permanezco en la habitación del fondo, donde paso la mayor parte de mis horas de ocio y donde, al amparo de los ruidos y los olores que mi condición me impone, puedo vivir como me place sin verme privada de la información vital para todo centinela, a saber: quién entra, quién sale, con quién y a qué hora.

Así, los residentes que cruzaban el vestíbulo oían los sonidos ahogados que indican que hay un televisor encendido y, más por carencia que por exceso de imaginación, se formaban la imagen de la portera arrellanada en el sofá ante la caja tonta. Yo, encerrada en mi antro, no oía nada pero sabía que alguien transitaba. Entonces, en la habitación contigua, por el ojo de buey situado frente a la escalera, oculta tras el visillo blanco, averiguaba con discreción la identidad del transeúnte.

La aparición de las cintas de vídeo y, más adelante, del dios DVD, cambió las cosas de manera aún más radical en lo que a mi beatitud se refiere. Como no es muy frecuente que una portera disfrute con *Muerte en Venecia*, y que de la portería provengan notas de Mahler, recurrí a los ahorros conyugales, con tanto esfuerzo reunidos, y adquirí otro aparato que instalé en mi escondrijo. Mientras, garante de mi clandestinidad, el televisor de la portería berreaba sin que yo lo oyera insensateces para cerebros poco o nada refinados, yo podía extasiarme, con lágrimas en los ojos, ante los milagros del Arte.

Idea profunda n.º 1

Aparentemente, de vez en cuando los adultos se toman el tiempo de sentarse a contemplar el desastre de sus vidas. Entonces se lamentan sin comprender y, como moscas que chocan una y otra vez contra el mismo cristal, se inquietan, sufren, se consumen, se afligen y se interrogan sobre el engranaje que los ha conducido allí donde no querían ir. Los más inteligentes llegan incluso a hacer de ello una religión: ¡ah, la despreciable vacuidad de la existencia burguesa! Hay cínicos de esta índole que comparten mesa con papá: «¿Qué ha sido de nuestros sueños de juventud?», preguntan con aire desencantado y satisfecho. «Se han desvanecido, y cuán perra es la vida...». Odio esta falsa lucidez de la edad madura. La verdad es que son como todos los demás: chiquillos que no entienden qué les ha ocurrido y que van de duros cuando en realidad tienen ganas de llorar.

Sin embargo, es fácil de comprender. El problema está en que los hijos se creen lo que dicen los adultos y, una vez adultos a su vez, se vengan engañando a sus propios hijos. «La vida tiene un sentido que los adultos conocen» es la mentira universal que todos creen por obligación. Cuando, una vez adulto, uno comprende que no es cierto, ya es demasiado tarde. El misterio permanece intacto, pero hace tiempo que se ha malgastado en actividades estúpidas toda la energía disponible. Ya no le queda a uno más que anestesiarle como puede tratando de enmascarar el hecho de que no le encuentra ningún sentido a la vida, y engaña a sus propios hijos para intentar convencerse mejor a sí mismo.

De entre las personas que frecuenta mi familia, todas han seguido el mismo camino: una juventud dedicada a tratar de rentabilizar la propia inteligencia, a exprimir como un limón el filón de los estudios y a asegurarse una posición de elite; y luego toda una vida dedicada a preguntarse con estupefacción por qué

tales esperanzas han dado como fruto una existencia tan vana. La gente cree ansiar y perseguir estrellas, pero termina como peces de colores en una pecera. Me pregunto si no sería más sencillo enseñarles a los niños desde el principio que la vida es absurda. Ello le robaría algunos buenos momentos a la infancia, pero permitiría que el adulto ganara un tiempo considerable (por no hablar de que uno se ahorraría al menos un trauma: el de la pecera).

En lo que a mí respecta, tengo doce años, vivo en la calle Grenelle, número 7, en un piso de ricos. Mis padres son ricos, mi familia es rica y por consiguiente mi hermana y yo somos virtualmente ricos. Papá es diputado, después de haber sido ministro, y sin duda llegará a ser presidente de la Asamblea Nacional y se pimplará la bodega entera del palacete de Lassay, sede de dicha Asamblea. Mamá... Pues bien, mamá no es lo que se dice una lumbrera pero tiene cierta cultura. Es doctora en letras. Escribe sus invitaciones para cenar sin faltas de ortografía y se pasa el tiempo dándonos la tabarra con referencias literarias («Colombe, no te pongas en plan Guermentes», «Tesoro, eres una verdadera Sanseverina»).

Pese a ello, pese a toda esta suerte y toda esta riqueza, hace mucho tiempo que sé que el destino final es la pecera. ¿Que cómo lo sé? Pues porque da la casualidad de que soy muy inteligente. Excepcionalmente inteligente, incluso. No tengo más que compararme con los demás niños de mi edad para ver que nos separa un abismo. Como no me apetece mucho llamar la atención, y en una familia en la que la inteligencia se considera un valor supremo a una niña superdotada no la dejarían nunca en paz, en el colegio trato de hacer menos de lo que podría, pero aun así siempre soy la primera en todo. Hay quien podría pensar que resulta fácil hacerse pasar por alguien con una inteligencia normal cuando, como yo, a los doce años se tiene el nivel de una universitaria de una facultad de dificultad superior. Pero jno, en absoluto! Hay que esforzarse mucho por parecer más tonto de lo que se es. Aunque, en cierta manera, este empeño no salva de morir de aburrimiento:

todo el tiempo que no tengo que pasar aprendiendo y comprendiendo, lo empleo en utilizar el estilo, las respuestas, las formas de proceder, las preocupaciones y los pequeños errores de los buenos alumnos normales y corrientes. Leo todo lo que escribe Constance Boret, la segunda de la clase, en mates, lengua e historia, y así me entero de lo que tengo que hacer: en lengua, una serie de palabras coherentes y correctamente ortografiadas; en mates, la reproducción mecánica de operaciones desprovistas de sentido; y en historia, una sucesión de hechos ligados entre sí por conectores lógicos. Pero incluso si me comparo con los adultos, soy mucho más lista que la mayoría de ellos. Así son las cosas. No me siento especialmente orgullosa porque tampoco es que el mérito sea mío. Pero lo que está claro es que yo no pienso terminar en la pecera. He reflexionado mucho antes de tomar esta decisión. Incluso para una persona tan inteligente como yo, con tanta facilidad para los estudios, tan diferente de los demás y tan superior a la mayoría de la gente, mi vida ya está toda trazada, lo cual es tristísimo: nadie parece haber caído en la cuenta de que si la existencia es absurda, lograr en ella un éxito brillante no tiene más valor que fracasar por completo. Simplemente es más cómodo. O ni siquiera: creo que la lucidez hace amargo el éxito, mientras que la mediocridad alberga siempre alguna esperanza.

He tomado pues una decisión. Pronto dejaré atrás la infancia y, pese a mi certeza de que la vida es una farsa, no creo que pueda resistir hasta el final. En el fondo, estamos programados para creer en lo que no existe, porque somos seres vivos que no quieren sufrir. Por ello empleamos todas nuestras energías en convencernos de que hay cosas que valen la pena y que por ellas la vida tiene sentido. Por muy inteligente que yo sea, no sé cuánto tiempo aún podré luchar contra esta tendencia biológica. Cuando entre en el mundo de los adultos, ¿seré todavía capaz de hacer frente al sentimiento de lo absurdo? No lo creo. Por eso he tomado una decisión: al final de este curso, el día en que cumpla 13 años, el próximo 16 de junio, me suicidaré.

Idea profunda n.º 4

A mi casa viene una asistenta tres horas todos los días, pero de las plantas se ocupa mamá. Y no veáis el circo que monta. Tiene dos regaderas, una para el agua con abono y otra para el agua sin cal, y aparte un vaporizador con distintas posiciones para pulverizaciones «a chorro», «en forma de lluvia» o «en bruma ligera». Todas las mañanas pasa revista a las veinte plantas de la casa y administra un tratamiento *ad hoc* a cada una. Y masculla un montón de cosas, del todo indiferente al resto del mundo. Se le puede decir cualquier cosa a mamá mientras se ocupa de sus plantas, porque total no hace ni caso. Por ejemplo: «Hoy tengo pensado drogarme y morir de sobredosis» obtiene como respuesta: «La punta de las hojas de la kentia amarillea, además está encharcada; no pinta nada bien.»

Esto ya nos da el principio del paradigma: si quieres arruinar tu vida a fuerza de no oír nada de lo que te dicen los demás, ocúpate de las plantas. Pero no queda ahí la cosa. Cuando mamá pulveriza agua sobre las hojas de las plantas, me doy perfecta cuenta de la esperanza que la anima. Ella piensa que es como un bálsamo que va a penetrar en la planta aportándole lo necesario para prosperar. Lo mismo se aplica al abono, en forma de bastoncillos, que introduce en la tierra (o mejor dicho, en la mezcla de tierra - mantillo - arena - turba que encarga especialmente para cada planta en la floristería de la Puerta de Auteuil). Así pues, mamá alimenta sus plantas como ha alimentado a sus hijas: agua y abono para la kentia, judías verdes y vitamina C para nosotras. Ésa es la esencia del paradigma: concéntrate en el objeto, apórtale elementos nutritivos que van de fuera hacia dentro y, progresando en el interior, lo hacen crecer y le sientan bien. Un toque de pulverizador sobre las hojas y ya está la planta armada para afrontar la existencia. Se la mira con una mezcla de inquietud y de esperanza, se es consciente de la fragilidad de la vida, se

preocupa uno de los accidentes que pueden ocurrir pero, al mismo tiempo, se tiene la satisfacción de haber hecho lo que había que hacer, de haber desempeñado una función alimentaria: uno se siente reconfortado, seguro durante un tiempo. Así es como ve la vida mamá: como una serie de actos que conjuran el peligro, tan ineficaces como un toque de pulverizador, y dan una breve ilusión de seguridad.

Cuánto mejor sería si compartiéramos unos con otros nuestra inseguridad, si todos juntos nos adentráramos en nosotros mismos para decirnos que las judías verdes y la vitamina C, si bien alimentan al animal que somos, no salvan la vida ni sustentan el alma.

Idea profunda n.º 9

¡El señor que ha comprado el piso de los Arthens es japonés! ¡Se llama Kakuro Ozu! ¡Vaya suerte tengo, va y me pasa esto justo antes de morirme! Doce años y medio viviendo en la pobreza cultural y ahora que aparece en mi vida un japonés, tengo que levantar el campamento... De verdad es demasiado injusto.

Pero al menos soy sensible al lado positivo: ahora está aquí y, además, ayer tuvimos una conversación muy interesante. Antes de nada tengo que decir que todos los residentes del edificio andan locos con el señor Ozu. Mi madre no habla de otra cosa, mi padre la escucha, por una vez, mientras que normalmente piensa en otra cosa cuando ella se pone en plan blablablá sobre la vida y milagros de nuestros vecinos; Colombe me ha robado mi manual de japonés, y, hecho inédito en los anales del número 7 de la calle Grenelle, la señora de Broglie ha venido a tomar el té a casa.

Resumiendo, que el señor Ozu tiene a todo el mundo alterado. Olimpia Saint-Nice le dijo a Colombe (que la odia y la llama la «mosquita muerta de los cerdos») que tiene dos gatos y que se muere de ganas de verlos. Jacinthe Rosen no para de comentar el trasiego de idas y venidas en la cuarta planta, y cada vez que lo hace se pone como en trance. Y a mí me apasiona también, pero por otros motivos. Esto fue lo que ocurrió.

Subí en el ascensor con el señor Ozu y nos quedamos bloqueados entre el segundo y el tercer piso durante diez minutos porque un inútil había cerrado mal la reja antes de renunciar a cogerlo y bajar a pie. En esos casos hay que esperar a que alguien se dé cuenta o, si la cosa dura demasiado, alertar a los vecinos gritando, tratando a la vez de no perder la compostura, lo cual tiene su dificultad. Nosotros no gritamos. Nos dio tiempo pues a presentarnos y a conocernos un poquito. Todas las señoras de la casa hubieran dado cualquier cosa por estar en mi lugar. Yo estaba contenta porque mi gran inclinación por

lo japonés no puede por menos de alegrarse de hablar con un japonés de verdad. Pero sobre todo, lo que más me gustó fue el contenido de la conversación. Primero me dijo: «Tu madre me ha dicho que estudias japonés en el colegio. ¿Cuál es tu nivel?» Yo primero me hice mentalmente la observación de que otra vez mamá había estado presumiendo para hacerse la interesante y luego contesté en japonés: «Sí, señor, sé algo de japonés, pero no mucho.» Él me dijo a su vez, también en japonés: «¿Quieres que te corrija el acento?», y lo tradujo enseguida al francés. Eso ya de entrada me gustó. Mucha gente habría dicho: «¡Huy, pero qué bien hablas, bravo, es fantástico!», cuando seguro que pronuncio peor que una vaca bretona. Yo contesté en japonés: «Sí, señor, por favor». Él me corrigió una inflexión y añadió en japonés: «Llámame Kakuro.» Yo contesté, siempre en japonés: «Sí, Kakuro-san» y los dos nos reímos. Después fue cuando la conversación (en francés) se hizo apasionante. Me dijo sin preámbulos: «Me interesa mucho nuestra portera, la señora Michel. Me gustaría saber tu opinión.»

Ya hace tiempo que yo también sospecho lo mismo. A simple vista, es una portera como cualquier otra. Pero si se la observa con más atención... pues bien, entonces... hay algo que no cuadra. Colombe la odia y piensa que es un desecho humano. Para Colombe, de todas maneras, cualquiera que no corresponda a su norma cultural es un desecho humano, y la norma cultural de Colombe es el poder social aderezado con la moda de la marca agnès b. La señora Michel...¿Cómo diría yo? Irradia inteligencia. Y sin embargo, bien que se esfuerza, ¿eh?, salta a la vista que hace cuanto está en su mano por que la gente piense que es una portera normal y corriente, y por parecer tonta perdida. Pero yo ya la he observado cuando hablaba con Jean Arthens, cuando habla con Neptune sin que se entere Diane, cuando mira a las señoras del edificio que pasan delante de ella sin saludarla siquiera. La señora Michel tiene la elegancia del erizo: por fuera está cubierta de púas, una verdadera fortaleza, pero intuyo que, por dentro, tiene el mismo refinamiento sencillo de los erizos, que son animalillos falsamente indolentes, tremendamente solitarios y terriblemente elegantes.

HERMANAS

Toda esa lluvia...

En mi pueblo, en invierno, siempre llovía mucho. No tengo recuerdos de días de sol: sólo la lluvia, el yugo del barro y el frío, la humedad que se nos pegaba en la ropa y en el pelo y que, incluso junto a la lumbre, no se disipaba nunca del todo. ¿Cuántas veces habré pensado después en esa noche de lluvia, cuántas rememoraciones, en más de cuarenta años, de un acontecimiento que hoy, bajo este aguacero, resurge de nuevo?

Toda esa lluvia...

A mi hermana le habían puesto el nombre de una hermana mayor que había nacido muerta, y ésta a su vez llevaba el de una tía difunta. Lisette era guapa, y yo ya era consciente de ello aunque aún fuera muy niña, aunque mis ojos todavía no supieran determinar la forma de la belleza sino sólo intuir su esbozo. Como en mi casa apenas se hablaba, era un hecho que ni se mencionaba siquiera: pero estaba en boca de todos en el vecindario, y cuando mi hermana pasaba, su belleza suscitaba comentarios. «Tan guapa y tan pobre, qué destino más malo», glosaba la mercera camino del colegio. Yo, fea e inválida de cuerpo y de mente, sostenía la mano de mi hermana, que caminaba con la cabeza alta y paso ligero, indiferente a toda mención de destino funesto que se empeñaban en atribuirle.

A los dieciséis años, se fue a la ciudad a cuidar a los hijos de los ricos. No la vimos en un año entero. Volvió a pasar las Navidades con nosotros y trajo regalos extraños (bollos de especias, lazos de colores brillantes, bolsitas con lavanda) y un porte de reina. ¿Podía haber rostro más rosa, más vivo, más perfecto que el suyo? Por primera vez, alguien nos contaba una historia, y nos quedábamos todos prendidos de sus labios, ávidos del despertar

misterioso que provocaban en nosotros las palabras que salían de la boca de esa campesina convertida en criada de los poderosos y que hablaba de un mundo desconocido, engalanado y resplandeciente, donde las mujeres conducían automóviles y regresaban por la noche a unas casas equipadas con aparatos que hacían el trabajo en lugar de los hombres o daban noticias del mundo con sólo pulsar un botón...

Cuando vuelvo a pensar en todo eso, calibro la carencia total en la que vivíamos. Nuestra granja distaba apenas cincuenta kilómetros de la ciudad, y unos doce de un pueblo grande, pero seguíamos como en el tiempo de los castillos medievales, sin comodidades ni esperanza mientras perdurara nuestra íntima certeza de que siempre seríamos palurdos. Sin duda todavía existe hoy en día, en algún pueblo remoto y aislado, un puñado de viejos a la deriva que ignoran la vida moderna, pero en nuestro caso se trataba de una familia entera todavía joven y activa que, al describir Lisette las calles de las ciudades iluminadas por Navidad, descubría que había un mundo cuya existencia ni siquiera sospechaba. Lisette regresó a la ciudad. Durante algunos días, como por una inercia mecánica, seguimos hablando un poco. Varias noches seguidas, durante la cena, el padre comentó las historias de la hija. «Qué cosas, hay que ver qué cosas.» Después el silencio y los gritos se abatieron de nuevo sobre nosotros como la peste sobre los desheredados.

Cuando me acuerdo... Toda esa lluvia, todos esos muertos. Lisette llevaba el nombre de dos difuntas; a mí sólo me habían otorgado el de una, mi abuela materna, fallecida poco antes de nacer yo. Mis hermanos llevaban los nombres de primos a los que habían matado en la guerra, y mi madre, de una prima muerta al poco de nacer, a la que no había conocido. Vivíamos así, sin palabras, en ese universo de muertos en el que, una noche de noviembre, Lisette volvió de la ciudad.

Recuerdo toda esa lluvia... El ruido del agua martilleando sobre el tejado, los caminos anegados, el mar de barro a las puertas de nuestra granja, el cielo negro, el viento, la sensación atroz de una humedad sin fin, que nos pesaba tanto como nos pesaba nuestra vida: sin lucidez ni rebelión. Estábamos apiñados alrededor de la lumbre cuando, de pronto, mi madre se levantó, haciéndonos trastabillar a todos;

sorprendidos, la miramos dirigirse hacia la puerta y, movida por un oscuro impulso, abrirla de par en par. Toda esa lluvia, oh, toda esa lluvia... En el marco de la puerta, inmóvil, con el cabello pegado al rostro, el vestido empapado, los zapatos devorados por el barro y la mirada fija, estaba Lisette. ¿Cómo lo había sabido mi madre? Esta mujer que, para no maltratarnos, nunca nos había dado a entender que nos quería, ni con gestos ni con palabras, cómo esta mujer tosca que traía a los hijos al mundo de la misma manera que removía la tierra o daba de comer a las gallinas, esta mujer analfabeta, embrutecida hasta el punto de no llamarnos nunca por los nombres que nos había dado y los cuales dudo que aún recordara, ¿cómo había sabido esta mujer que su hija medio muerta, que no se movía ni hablaba y miraba la puerta bajo el aguacero sin pensar siquiera en llamar, esperaba a que alguien le abriera, la hiciera entrar y le ofreciera cobijo al calor de la lumbre?

¿Es esto acaso el amor materno, esta intuición en el corazón del desastre, esta chispa de empatía que perdura incluso cuando el hombre se ve reducido a vivir como un animal? Es lo que me había dicho Lucien: una madre que quiere a sus hijos siempre sabe cuándo sufren. Yo en cambio no me inclino por esta interpretación. Tampoco guardo rencor por esta madre que no era una madre. La miseria es una guadaña: siega en nosotros cuanta aptitud tenemos para la relación con el otro y nos deja vacíos, lavados de sentimientos, para poder soportar toda la negrura del presente. Tampoco tengo convicciones idílicas: no había nada de amor materno en esa intuición de mi madre, sino tan sólo la traducción en gestos de la certeza de la desgracia. Es una suerte de conciencia atávica, arraigada en lo más profundo de los corazones, que recuerda que a pobres desdichados como nosotros siempre les llega una noche de tormenta una hija deshonrada que vuelve a morir al hogar.

Lisette vivió aún lo suficiente para traer al mundo a su hijo. El recién nacido hizo lo que se esperaba de él: murió a las tres horas. De esa tragedia que para mis padres no era sino el curso natural de las cosas, por lo que no se afligieron más —ni menos tampoco— que si hubieran perdido a una cabra, me fragué yo dos certezas: los fuertes viven y los débiles mueren, con gozos y sufrimientos proporcionales a sus posiciones jerárquicas e,

igual que Lisette había sido hermosa y pobre, yo era inteligente e indigente, y abocada pues a castigo similar si esperaba sacar partido de mi mente a costa del desprecio de mi clase. Pero como tampoco podía dejar de ser lo que era, comprendí que mi vía era la del secreto: debía callar lo que era y, con el otro mundo, no mezclarme jamás.

De taciturna me convertí pues en clandestina.

Y, de repente, caigo en la cuenta de que estoy sentada en mi cocina, en París, en ese otro mundo en cuyo seno he cavado mi pequeño nicho invisible y con el que me he guardado muy mucho de mezclarme, y que lloro a lágrima viva mientras una niña de mirada prodigiosamente cálida sostiene mi mano entre las suyas y me acaricia con dulzura los dedos —y caigo en la cuenta también de que lo he dicho todo, lo he contado todo: Lisette, mi madre, la lluvia, la belleza profanada y, en resumen, la mano de hierro del destino, que da a los niños que nacen muertos madres que mueren por haber querido renacer. Llora a lágrima plena, viva, buena y convulsiva, perpleja pero incomprensiblemente feliz de la transfiguración de la mirada triste y severa de Paloma en pozo de calor donde encuentra consuelo mi llanto.

—Dios mío —digo, calmándome un poco—, Dios mío, Paloma, ¡vas a pensar que soy una tonta!

—Señora Michel —me contesta ella—, ¿sabe una cosa?, me devuelve usted un poco de esperanza.

—¿Esperanza? —digo, sorbiéndome la nariz en un gesto patético.

—Sí —me asegura—, parece posible cambiar de destino.

Y permanecemos ahí largos minutos, cogidas de la mano, sin decir nada. Me he hecho amiga de un alma buena de doce años que me provoca un hondo sentimiento de gratitud, y la incongruencia de este apego disimétrico en edad, condición y circunstancia no alcanza a empañar mi emoción. Cuando Solange Josse se presenta en la portería para recuperar a su hija, nos miramos las dos con la complicidad de las amistades indestructibles y nos decimos adiós con la certeza de un cercano reencuentro. Una vez la puerta cerrada, me siento en el sillón frente al televisor, con la mano en el pecho, y me sorprendo a mí misma diciendo en voz alta: quizá vivir sea esto.